



EL HIJO PRÓDIGO (1) EL AMOR DE UN PADRE

Sr. TOM CAMMENGA

Anciano y miembro de Faith PRC en Jenison, Michigan

En medio de las parábolas de Jesús que están registradas en el evangelio de Lucas, encontramos una parábola familiar con la que Jesús enseña a su pueblo, tanto en aquel entonces como ahora, acerca del amor y la misericordia ilimitados e infinitos de Dios para con su pueblo. En la parábola, Jesús usa el ejemplo de la vida íntima de una familia, una vida que es preciosa para nosotros como pueblo del pacto de Dios.

Los eventos de Lucas 14 y 15 suceden en el día de reposo, en la casa de uno de los principales fariseos, donde Jesús había sido invitado a cenar. Después de sanar a un hombre hidrópico y tras preguntar a los presentes si era lícito sanar en el día de reposo, Jesús continúa instruyendo a los que estaban cerca de él con parábolas sobre la humildad, la caridad y el discipulado. En los dos primeros versículos del capítulo 15, vemos que muchos publicanos y pecadores se habían reunido alrededor de Jesús para oírle. Esto, por supuesto, fue una terrible ofensa para los escribas y fariseos llenos de justicia propia, quienes pensaban que era algo horrible admitir a tales pecadores, y mucho menos relacionarse con ellos. La parábola que sigue, en los versículos 4 al 32, es la respuesta de la enseñanza de Jesús a las murmuraciones de estos hombres indignados por haber recibido a quienes eran claramente pecadores. Nuestro enfoque está en la última de las tres parábolas, el bien conocido relato del hijo pródigo.

Este joven, en obstinada rebeldía, había decidido que la vida sería mucho mejor y mucho más placentera lejos de su familia y de la supervisión de su padre. Por eso, le exige a su padre que le dé “la parte de los bienes que me corresponde”. Su padre accede, probablemente con gran tristeza y con la oración de que Dios use esto de alguna manera, aunque no puede imaginar cómo, para el bien del joven, y divide los bienes entre sus dos hijos. El hijo menor se despide entonces de su familia y viaja a un país lejano, donde el joven vive en una opulencia pecaminosa mucho más allá de sus posibilidades, y en poco tiempo, ha agotado todo lo que su padre le había dado y se encuentra desamparado.

¿Tú y yo nos vemos ya reflejados en este joven? Ciertamente, como niños y jóvenes, podemos ver nuestras propias tendencias en él, ¿no es así? Pero ¿qué hay de nosotros que somos mayores? Admitámoslo juntos, hermano creyente, que esta es la tendencia de todos nosotros, jóvenes o ancianos. Preferimos que las cosas sucedan como nosotros queremos y de la manera que nosotros queremos. Deseamos, como lo hicieron Adán y Eva, ser nuestro propio dios y tener la última palabra en nuestras vidas y en cómo vivimos. Esta es nuestra naturaleza humana caída que aún se aferra a nosotros, y parece que a menudo debemos tocar fondo antes de que nuestra conciencia sea tocada, y veamos nuestro pecado.

Este fue precisamente el caso de este joven. Una vez malgastada toda su riqueza, no regresó a casa en remordimiento ni en arrepentimiento. Oh no, en cambio, perseveró en su malvada obstinación y se unió ciegamente a un hombre que vivía en ese país. Esto fue significativo y dice mucho sobre el estado del alma del joven. No se trataba de una simple mendicidad casual ni de una simple solicitud de ayuda. El significado del texto es que el joven se aferró a este hombre y se unió a él, de modo que, en lo que a él respecta, en ese hombre estaba su salvación. Incluso en ese estado de pobreza, era demasiado orgulloso para

admitir su pecado y demasiado obstinado para comprender que la única manera de ser rescatado de esta terrible situación era regresar a su padre con humildad y verdadero arrepentimiento.

¿Cuál fue la salvación que este hombre le ofreció? Envío al joven a sus campos para apacentar a sus cerdos. Observen lo que dice el versículo 16: "Y deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba". El hombre no le dio comida para comer ni vino para beber. No le proporcionó una cama ni un catre para dormir, ni siquiera mantas raídas para con las cuales cubrirse. Ni le proporcionó ropa limpia para cambiarse. Simplemente lo envió a sus campos a alimentar a sus cerdos. Esto debería haber sido una afrenta inaceptable para el joven, ya que los cerdos eran considerados inmundos para los judíos; y sin embargo, a estas alturas, parece no importar, lo que ilustra cuán profundamente se había hundido en su pecado.

¿Con que frecuencia tú y yo no reaccionamos igual que este joven? En lugar de reconocer el error de nuestros caminos, reconocer nuestro pecado y buscar el perdón con un corazón verdaderamente arrepentido, huimos de ello y buscamos la salvación en todo menos en nuestro Padre. Si tú y yo estamos caminando hoy en pecado, ya sea que lo consideremos un pecado menor o mayor, que nuestra oración sea por nosotros mismos y por los demás, para que Dios nos convenza de ese pecado y obre un verdadero arrepentimiento en nuestros corazones para que podamos experimentar su perdón y disfrutar del amor y la misericordia que solo nuestro Padre celestial puede darnos.

Tras separarse con orgullo y terquedad de la comunión de su familia y del buen gobierno de su padre, y de haber vivido en vergonzoso desenfreno por un tiempo, el hijo pródigo se encuentra en el campo de un hombre de aquel país, apacentando a sus cerdos. Había pasado de tener todo lo que su alma pecaminosamente deseaba a no tener absolutamente nada, salvo la ropa que llevaba puesta. La suya fue la clásica historia de la riqueza a la miseria. Lamentablemente, en este punto, parece no ser diferente de los hombres impíos del mundo que lo rodean. De hecho, ciertamente no había estado viviendo su vida de forma distinta a ellos y había asumido rápida y deliberadamente una vida desenfrenada.

Este joven había sido criado en un hogar piadoso por padres que amaban al Señor. Esto se evidencia no solo en la confesión que hace más adelante en el capítulo, sino también por la respuesta de su padre cuando regresa. Había sido enseñado en las verdades de las Escrituras y conocía muy bien cómo debía ser la conducta y la vida de un creyente. Sus amigos también habían sido criados en la verdad y, junto con él, entendían la diferencia entre el bien y el mal, así como la importancia de vivir una vida de gratitud a Dios.

Fue a estas verdades, y también a estos amigos y familiares a los que les dio la espalda. Pero, más importante aún, le había dado la espalda a Dios mismo. En la parábola que Jesús enseña, el padre de este joven es claramente una imagen de Dios, y en última instancia, fue de su Padre celestial de quien se había apartado. Y esa separación había sido intencional. Ya no deseaba vivir una vida en sujeción a su padre. Ya no quería que su padre influyera en su vida. Peor aún, ya no deseaba tener una relación de comunión con su padre, entendiendo que esta separación no se debía simplemente de la autoridad de su padre, sino de su propio padre. Ya no sería posible que hubiera una relación de amor y comunión con su padre al alejarse de él.

Este es, sin duda, el efecto que el pecado tiene también en nuestras vidas. Nuestro pecado crea una brecha entre nosotros y Dios. Abandonados en nuestro pecado, somos incapaces de tener cualquier tipo de comunión con Dios, y experimentamos la misma desolación que experimentó este joven al encontrarse en un campo: hambriento, sucio, desamparado y rodeado de cerdos. Tan lamentable era su situación, de hecho, que deseó las mismas algarrobas que comían los cerdos para su propio sustento. No podía caer más bajo.

¿Es posible que tú y yo, querido hermano o hermana en el Señor, nos encontremos

en la misma situación que este joven? ¿Será que hemos caído tan bajo y tan rápido que, al tocar fondo, la gracia de Dios nos saque de nuestra insensatez y traiga claridad a una mente completamente dominada por nuestro propio pecado y nuestra rebelión obstinada?

La respuesta, por supuesto, es sí. Ciertamente, es posible, y para la mayoría, si no para todos nosotros, es una realidad. Pero alabado sea Dios porque nunca abandona a su pueblo en su pecado ni nos da la espalda, aunque nosotros a menudo le demos la espalda a Él. Nunca nos abandona ni nos deja sumidos en nuestro pecado y miseria. En su amor y tierna misericordia, Él, por su gracia, nos hace entrar en razón como lo hizo con el hijo pródigo, nos acoge en sus brazos y, en Jesucristo, nos libra de nuestro pecado. De esto leemos en el Salmo 103:3-5: “Él es quien perdona todas tus iniquidades, El que sana todas tus dolencias; El que rescata del hoyo tu vida, El que te corona de favores y misericordias; El que sacia de bien tu boca, de modo que te rejuvenezcas como el águila”. ¡Qué grande es nuestro Dios y qué tremendo motivo tenemos para bendecir su nombre!

En su búsqueda por la libertad del dominio de su padre, el hijo pródigo se había convertido en esclavo. No, no era esclavo del ciudadano del país al que se había unido, sino esclavo del pecado. Así sucede con todo aquel que busque vivir fuera del dominio de la ley de Dios. Es demasiado, ellos dicen. No es justo que Él nos exija tanto, dicen. Estar libres de esta tiranía y de esta carga será libertad, ellos dicen. Al final, como en el caso del hijo pródigo, la libertad que creen disfrutar no es más que esclavitud espiritual.

Pero el hijo pródigo recobró el sentido, o mejor dicho, fue devuelto a la sensatez. No se equivoquen: este fue el poder maravilloso del Espíritu Santo en el corazón de este joven. En un momento de lucidez, se dio cuenta de que incluso los siervos de su padre tenían lo necesario para vivir, y sin embargo, allí estaba él, desamparado y hambriento. Y además, se dio cuenta de que había pecado, no solo contra su padre, sino contra Dios. Observen lo que dice en el versículo 18 de Lucas 15: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti”. Y así, decidió regresar a su padre, no como un hijo —pues en su mente, su pecado había hecho eso imposible—, sino como un siervo.

Y su padre lo vio venir. Nos preguntamos ¿Cómo fue que el padre pudo ver a su hijo regresando? Parecería una coincidencia, ¿no? Pero cuando consideramos el amor del padre por su hijo, podemos imaginar que día tras día permanecía, por así decirlo, en la terraza de su casa, observando, esperando y orando por el regreso de su hijo descarriado. Si es cierto que no hay mayor gozo que ver a nuestros hijos andar en la verdad (3 Juan 4), y ciertamente lo es, entonces, por el contrario, no hay mayor dolor que verlos andar en pecado. Mientras esos hijos vivan, la esperanza de los padres es que se arrepientan y regresen. Es esto lo que todo padre o madre de un hijo descarriado anhela y por lo que ora, a menudo con muchas lágrimas. Este era su ferviente deseo, y fue también el ferviente deseo de este padre.

Y así, el padre ve a su hijo regresar, y eso desde muy lejos. Tan reveladora como fue la espera del padre, es también su reacción al darse cuenta de aquella figura demacrada que ve a lo lejos era su hijo. No esperó a que su hijo viniera a él con humildad y con la mirada baja, esperando una confesión de pecado. Ni siquiera lo encontró a mitad de camino. No, lo dejó todo y echó a correr, y probablemente mientras corría, las lágrimas fluían libremente. Esto es impactante, y debemos tener en cuenta que para un hombre de su posición y edad, correr habría sido extremadamente inusual en la cultura de aquel entonces. Y, sin embargo, corre, no con imprudencia, sino con el propósito de abrazar a su hijo que regresaba.

En la parábola, el padre es una imagen de Dios. Entonces, al correr el padre hacia su hijo, ¿debemos ver a Dios mismo corriendo hacia nosotros? ¿Acaso Dios realmente corre? Ciertamente, esto no puede ser así, ya que Dios no es un ser físico, sino un ser espiritual. Por lo tanto, él no tiene pies ni piernas como nosotros para correr. ¿Cómo debemos entender esto entonces?

La carrera del padre al encuentro de su hijo nos demuestra vívidamente, tanto a ti como a mí, la prontitud con la que Dios es misericordioso al perdonar los pecados de su

pueblo. Él no espera a que nosotros vayamos a Él, y ciertamente no nos encuentra a medio camino. En su infinito amor y misericordia, es tan rápido para perdonarnos que, incluso antes de que nuestras palabras de arrepentimiento salgan de nuestros labios, ya nos ha abrazado con amor incondicional, ofreciéndonos un completo perdón.

Observe que el abrazo de este padre no es simplemente un abrazo formal, sino un abrazo que lo abarca todo y está lleno de emoción. Cuando el texto dice que el padre besó a su hijo, no se refiere a un simple beso en ambas mejillas, sino a una lluvia de besos sobre él. Una y otra vez, lo besó, con lágrimas de alegría corriendo por su rostro. Este abrazo fue un abrazo de amor. Este padre amaba a su hijo y demostró ese amor al recibirlo.

Esto, amados, es el amor de Dios por ti y por mí. Su amor es un amor que nunca cambia, sin importar la profundidad de nuestro pecado y depravación. Su amor es un amor que perdona, incluso antes de que nuestra confesión de pecado salga de nuestros labios. ¿Cómo puede ser eso?, te preguntarás. Es porque el amor de Dios por ti y por mí es eterno. Si Dios ha puesto su amor sobre ti y sobre mí, entonces hemos sido amados desde la eternidad, y permaneceremos en ese amor por toda la eternidad. Nada puede cambiar ese amor y nada puede arrebatárnoslo.

¿Cómo es posible ese amor de Dios por ti y por mí? ¿Cómo puede ser que él ame a aquellos que no son más que inmundos pecadores? Es porque Él nos ve en Cristo. Nuestro Señor Jesucristo ha cubierto nuestros pecados con su sangre, de modo que cuando el Padre nos mira como sus hijos, no ve la inmundicia de nuestro pecado; ve la justicia de su Hijo unigénito, quien se entregó por nosotros en amor. ¡Alabado sea Él!